

En la paz de su claustro el cenobita medita, ruega, macera su cuerpo, engrandece su alma, y el rey de la tierra y de los cielos se inclina complacido hácia él para escuchar y recibir sus votos, que todos son por el triunfo de la Cruz.

Estos dos géneros de existencia son sin duda bien desemejantes; pero no lo dudemos, ambos son agradables á Dios. El divino modelo de los hombres no ha recorrido solamente las ciudades, las aldeas y los campos de la Judea, para hacer allí el bien, convertir los pecadores, instruir y consolar los justos, curar los enfermos y resucitar los muertos; pero también se ha retirado al desierto para ayunar allí, orar, y conversar con su Padre celestial.

La Iglesia, siempre bien inspirada por su divino Esposo, ha hecho bien en tener una parte de su milicia para rogar sobre la montaña, mientras que la otra combate y se mueve en el llano.

San Antonio y San Pablo el Ermitaño son los padres de los cenobitas. Los San Agustin, San Basilio, San Benito: los San Francisco de Asis, Santo Domingo, los Columbanos, los Brunos, los Rancés y mil otros santos, han fundado las órdenes religiosas, cuyos piadosos cenobitas, despues de haber edificado la tierra por sus austeridades y sus virtudes, han subido desde sus tranquilas soledades á las regiones bienaventuradas, para cantar allí eternamente con los ángeles, de quienes habian imitado la pureza, las alabanzas del Señor.

Santa Sindética es la primera fundadora de los monasterios de Hijas; de allí, pues, que los innumerables enjambres de puras y blancas palomas han tomado su vuelo para irse á abatir cerca del trono del Cordero, entre el coro de vírgenes.

¡Qué rica y gran herencia ha dejado al mundo católico la piedad y munificencia de nuestros padres y la maternidad de la Iglesia! ¡Qué bellas y santas abadías elevadas sobre la superficie de la tierra! Comunidades para la oracion, hospitales para el sufrimiento, asilos para la pobreza, y viejos recuerdos para la patria. La mas grande parte de estas riquezas de la Iglesia, ha desaparecido en la tempestad, y bajo el huracán de las malvadas pasiones desencadenadas contra la religion.... Pero cuando la furia de la tormenta ha calmado; cuando le ha sido dada una poca de paz á la sociedad, ha mirado en su derredor y ha llorado sobre tantas ruinas.... Porque ha sentido que tenia siempre necesidad de quietud para su alma, de reposo para su espíritu, de esperanza en sus males, de fuerza en sus debilidades, y ha visto que todas estas cosas no se encuentran mas que fuera del mundo..... al pié de la Cruz.

(1) Conferencias del padre Lacordaire.



EL MATRIMONIO.

Al principio de los siglos, cuando el hombre salió de las manos del Criador, recibió la investidura de un poder sin límites sobre toda cosa creada, y fué en presencia de Dios donde él ejerció el primer acto de su soberanía. Pero en esta revista solemne de séres sometidos á su dominación, se encontró que faltaba alguna cosa á las necesidades de su corazón; todo era perfecto en el universo; bajo un aspecto solamente esta armonía producida por la Sabiduría Eterna, pareció defectuosa: ¡el rey de la creación estaba solo!

“Es cierto que por su posición intermediaria entre el mundo superior y el mundo inferior, el hombre, cuerpo y espíritu, se encontraba en relación con la naturaleza y con Dios; pero esta doble relación no le dejaba menos solo en su especie, solo en el lugar que ocupaba, perdido entre la tierra y el cielo. Aun cuando la naturaleza hubiese bastado á las necesidades de su cuerpo y Dios á las necesidades de su alma, él, privado de relaciones con séres de su misma forma y de su mismo grado, no hubiera bastado á la grandeza del puesto que estaba encargado de llenar; su historia hubiera sido muy corta, sus peligros muy ligeros, sus virtudes demasiado restringidas: como él tenia un mundo debajo, muy abajo de él, era preciso que el mismo fuese un mundo, y que así todas las partes de la creación, bien que desiguales entre sí por su lugar y por su esencia, se repartiesen en una cierta proporción de inmensidad (1).”

El Señor dijo entonces:

“No es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una ayuda semejante á él.”

(1) Conferencias del padre Lacordaire.

“El Señor Dios envió pues á Adam un sueño profundo, y mientras que él dormía le sacó una de sus costillas y puso la carne en su lugar.

“El Señor Dios, de la costilla que había sacado á Adam, formó una muger, y despertó á Adam.

“Y Adam dijo: Hé aquí el hueso de mis huesos y la carne de mi carne. Esta se llamará con un nombre que indique que viene del hombre, porque ha sido tomada del hombre.

“Por ella el hombre dejará su padre y su madre, y se ligará á su muger, y serán dos en una sola carne.

“Y bendiciéndolos Dios, añadió: Creced y multiplicaos; llenad la tierra; dominad sobre los pescados del mar, sobre las aves del cielo, sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra.”

“Yo os doy todas las plantas que lleven granos sobre la tierra, y todos los árboles que en sí mismos encierren sus semillas, cada uno según su especie, para que os sirvan de alimentos.”

Así fué como desde el origen de los tiempos, Dios instituyó el matrimonio y creó la sociedad humana. La tierra, y todo lo que lleva, y todo lo que la reviste de un rico y magnífico manto, el Océano con sus olas y sus abismos, el cielo y los globos luminosos que la mano del Criador ha sembrado allí para que cumpliesen su curso al través del espacio, contando su poder y su gloria, todo hasta entonces no parecía mas que un antojo de su voluntad suprema; pero llegando á la creación del hombre, Dios se contempló á sí mismo antes de tratarla; y despues, cuando el hombre fué una criatura, cuando el soplo divino lo elevó sobre todo lo que existe en este mundo, el Eterno parece de nuevo encerrarse en sí mismo, y consultar su sabiduría infinita: se diria que á su obra, incompleta hasta entonces, quiso imprimir un sello de perfeccion desconocida á toda criatura. Se ocupaba de formar la familia, de poner las bases de las sociedades y de los imperios; jamas obra mas grande pudo ocupar al Criador.

Todavía se estienden bajo el sol, casi desconocidas de los viajeros, comarcas inmensas donde reina el vacío, en todo lo que tiene de mas espantoso; se diria, al ver la desolacion que allí se muestra, que allí el caos no habia oido la voz del Eterno. Allí todo espanta, y nada asegura la mirada del hombre que ha penetrado á través de mil peligros; y cuando una vez ha sido arrojado sobre estas playas que nada tienen de fecundas, se apodera uno de inesplicables tristezas; nada habla al alma, nada responde á la voz que llama.

Tal hubiera sido la tierra que habitamos, si la familia, si la sociedad no hubiesen sido creadas: ¿á quién, sin ellas, hubiese el hombre comuni-

cado su pensamiento? ¿á quién pudiera descubrir las alegrías de su alma? ¿quién hubiera oido su voz, respondido á su palabra? ¿quién hubiera dividido su dicha y su imperio? Dios dijo, pues: No es bueno que el hombre esté solo.

Pero como acabamos de decir, citando un gran orador, el hombre no es en este mundo como las otras criaturas, él participa de la tierra y del cielo, lleva en sí las decadencias terrestres y las inclinaciones celestes; pero estas últimas forman el fondo de su sér, tienden invenciblemente á dominar todo lo que es terrestre, á regularizarlo, á volverlo en alguna manera celestial. Esta necesidad del hombre tiene origen en su propia creación. Formado á imájen de Dios, el hombre es arrastrado naturalmente hácia su modelo; todo lo que puede alejarlo es imperfecto y no sabria verdaderamente convenirle.

Dios, pues, creando la sociedad, debia buscar su prototipo en sí mismo y crearle semejante á él: de otra manera el corazon del hombre no hubiera podido encontrar la dicha en sociedad; esta no le ofreceria mas que el vacío y el enojo.

Pues Dios es esencialmente ORDEN Y AMOR: la sociedad seria basada consiguientemente sobre el amor y sobre el orden; la familia debia, pues, vivir para el amor y para el orden.

El orden pide que todos los miembros de esta sociedad estén ligados y encadenados uno á otro, viviendo en una vida comun á todos, perfeccionándose y completándose mutuamente.

El amor impedirá que este lazo se haga sentir de otro modo que no sea por su dulzura: todos se regocijarán de una dicha que debe ser la posesion de todos, y si algun mal puede temerse allí donde el amor es perfecto, este mal dejará de ser individual; vendrá á ser de la sociedad entera y será mas fácil de soportar su peso.

Para realizar semejante deseo, fué que el Señor creó á la muger no solamente igual al hombre, sino que le dió una forma semejante á la imájen de Dios. Porque en Dios una sola y misma sustancia pertenece á tres Personas Divinas que adoramos con la frente contra el polvo, y á quien reconocemos ser debida toda gloria, todo homenaje, todo respeto, todo amor. La sociedad del hombre y la muger, bien que superior, no tiene semejanza mas que con la sociedad animal, donde Dios nos muestra dos séres parecidos, dos criaturas de las mismas formas, creadas para completarse; pero no formando una misma y sola carne, ni estando ligados por ella misma mas que de una manera imperfecta.

Así creados el hombre y la muger, y con ellos la sociedad entera, se encuentran ligados con un lazo indisoluble. No depende, pues, del uno

separarse del otro; no es libre el uno de no amar al otro; no habrá persona que pueda separarse de sí misma; "nadie puede, dice el apóstol, tener odio por su propia carne."

A medida que los siglos sucedieron á los siglos, á medida que los hijos de Adam se multiplicaron y se estendieron sobre la faz del universo, se establecieron en diversos paises, se formaron en diferentes pueblos; su lenguaje, sus costumbres, no fueron pues semejantes: así el lazo habrá adquirido una estension mas considerable, pero no se romperá. El amor no habrá perdido nada de sus derechos ni de su intensidad; el último vástago de Adan será siempre el *hueso de sus huesos, la carne de sus carnes*; la sangre que ha corrido en las venas del primer hombre, correrá todavía en las del último de sus descendientes; y aquel que llegue á tener odio contra su hermano, odiará su propia carne; aquel que se rebele contra un hombre, se revelará contra sí mismo. Habrá naciones, tribus, pueblos diferentes; pero jamas habrá mas que una gran familia, mas que hermanos y un padre comun.

Tal es la union que Dios ha formado desde el principio, tal es la base que ha dado á la sociedad, á los imperios: él solo podia establecer lazos tan poderosos.

El universo con todas sus maravillas habia sido dado al hombre para gozarlo y habitarlo; la tierra era el dominio de una familia innumerable, y allí debian reinar sin vicisitudes la paz y la union. . . . Pero vino el pecado, y nosotros sufrimos todavía despues de seis mil años los males que trajo en seguida.

Sin embargo, el pecado, padre de la muerte, no ha podido desvanecerse no ha podido romper los lazos de la gran familia humana. Las leyes establecidas en los dias de la creacion de la muger, son las leyes que rijen la sociedad. La obra de Dios subsiste inalterable en medio de las revoluciones que trastornan y cambian la faz de todas las cosas; á despecho de todo, ella ha resistido á la inconstancia de los siglos. Lo que la voluntad del Señor ha establecido, no puede quebrantarse por los esfuerzos del pensamiento humano; es mas que la roca que se levanta en el abismo y que bate sin cesar el furor de las olas.

El matrimonio ha sido atacado en la antigüedad pagana por los sabios y príncipes de la ciencia. Platon, sobre todo, demostró hasta dónde puede descender el espíritu mas sublime, cuando no tiene por guías mas que la imaginacion y el genio. A pesar de estos dones tan enviados de los hombres, y que Dios no concede sino á las naturalezas privilegiadas, Platon no comprendió nada de la mision de la muger en la sociedad humana ni la importancia del matrimonio. Así su *república* será siempre, á

pesar de sus bellezas de primer orden, mirada como un sueño quimérico que se desvanece en presencia de la luz.

En nuestros dias una escuela, si es que merece este nombre, ha renovado las doctrinas del filósofo de Atenas sobre el matrimonio. Les sucederá como le sucedió á él, como sucedió á los sectarios de Manes que se pronunciaron igualmente contra el matrimonio. Sus doctrinas serán consideradas como sueños de imaginaciones enfermas, ó mejor dicho, como *locuras de cuerpos corrompidos*.

Las naciones han tenido tambien sus dias de efervescencia y de aberraciones contra el matrimonio; pero este era el indicio infalible de una corrupcion profunda; el alma se estinguia, el corazon no latia mas: no eran ya naciones, sino simulacros de pueblos. En efecto, no puede existir *nación* sin sociedad, ni sociedad sin familia, ni familia sin matrimonio. ¡Guárdese, pues, el hombre de separar lo que Dios ha unido!

El imperio romano, ese gran coloso de piés de barro, se hundió cuando el matrimonio dejó de ser considerado, cuando el hombre atrevido pudo rejir los negocios públicos, como el hombre honrado y de respeto consagrado á las atenciones de su familia. Augusto sintió toda la magnitud de este desórden, pero toda su política no lo pudo remediar. La gangrena no pudo ser curada; ofertas y peticiones, todo fué inútil (1).

¿Qué es, pues, el matrimonio en los pueblos del Oriente? Pero tambien, ¡qué pueblos! La vida de la inteligencia parece allí aniquilada, el corazon parece no tener la percepcion de los sentimientos elevados: por todas partes donde el cetro impuro de Mahoma ha estendido sus leyes, se diria que un sueño letárgico pesa sobre todas estas masas populares enervadas que no merecen ser llamadas *naciones*, y las tiene dormidas sobre la tierra: si alguna vez parecen moverse, no es mas que una agitacion febril y sin consistencia, una agitacion que nace de la demencia y el furor, y se desvanece sin dejar otras huellas que las ruinas, la desolacion y la muerte.

Por el contrario: las naciones han sido siempre generosas, fuertes y potentes, donde el matrimonio jamas ha dejado de ser venerado. Es porque los deberes graves y serios eran allí comprendidos, y que las naciones como los individuos, no han tenido mas fuerza que en la inteligencia y el amor del deber.

Detengámonos en estas consideraciones: ya es tiempo de elevarnos á un orden mas perfecto.

El mundo contaba cuarenta siglos de existencia; las naciones habian roto sus lazos con Dios, y habian renegado de él: entonces el mundo te-

(1) Crevier. *Historia de los emperadores romanos*.

nia necesidad de un maestro, y no encontraba mas que filósofos en desacuerdo, sofistas vanidosos, oradores de bellas palabras y de comedias.... Entonces Dios tuvo piedad de esta tierra, envió á su Hijo para ser el Maestro y el Doctor de los pueblos, para volver á traer toda carne á los senderos de la verdad. Desde este momento una luz celeste y brillante lució en todos los lugares; todo se renovó, todo volvió á la vida.

De este punto luminoso sobre el cual relumbra la fé cristiana, es de donde contemplamos al presente el matrimonio.

Era una sociedad nueva la que el Hijo de Dios venia á fundar; una sociedad mas perfecta que todo lo que habia existido hasta entonces; pero perfeccionando la naturaleza humana, añadiéndole prerogativas, su deseo no era cambiar las leyes fundamentales sobre las cuales reposaba. Lo que él habia establecido en los dias de la creacion era BUENO; él mismo lo habia juzgado así: su voluntad, pues, era llenar de dicha, elevar al mas alto grado la obra de sus manos. El matrimonio habia parecido un complemento á la creacion; en la sociedad nueva nada perderia de su importancia. Lejos de ello va á aparecernos mas majestuoso, mas santo que en la antigua ley. Las gracias que de él emanen serán mucho mas abundantes que las que han discurrido hasta allí. El matrimonio va á tomar un lugar en la religion de Jesus.

Acabamos de decir que la sociedad reposaba sobre el matrimonio; y mucho antes, al principio de este libro, hemos espuesto lo que entendiamos por un sacramento. Se ve que era digno de la misericordia del Salvador de los hombres, tanto como de su sabiduría infinita, elevar la union del hombre y la muger á esta alta dignidad.

El hombre por el Bautismo nacia á la vida sobrenatural.

En la Confirmacion, despojándose de las debilidades de la infancia, se hacia hombre perfecto.

La Eucaristía alimentaba su alma de un pan celeste, de que el maná del desierto fué solo una vana y débil imájen.

La Penitencia le levanta en sus caidas; ay! muy frecuentes.

La Extrema-uncion lo volvia mas y mas purificado entre las manos de su Redentor.... Pero en todas estas instituciones la sociedad no parecia de una manera especial: descubro en estos beneficios que el individuo me parece ser el principal objeto: la obra de Dios no llegaba todavía á toda su perfeccion.

El Orden viene en seguida: es ya un sacramento que se refiere esencialmente á la sociedad; veo en él una gerarquía poderosa y capaz de resistir á todas las tempestades: pero esta sociedad ¿cómo podrá perpetuarse? El Dios que ha fundado la familia, y con su palabra bendecida

en todos los siglos, ha formado la primera union en el paraíso terrestre; ¿no le dará alguna parte en esta nueva organizacion?

Nó: el matrimonio no podrá ser olvidado. El recibirá los honores debidos á su origen. Será el séptimo de los Sacramentos de la Iglesia sobre la tierra, la llave de la bóveda que terminará el edificio sagrado.

No fué, pues, solamente en los dias de la creacion en que Dios mostró cuánto era sagrado el matrimonio y cuánto velaria el ojo de su Providencia en su conservacion; de edad en edad se muestra á nosotros como el protector de este lazo augusto y venerable. Volvamos á los tiempos bíblicos, y encontraremos lo que hemos leído en el libro sagrado, libro divino, comparado por un padre de la Iglesia á un rio majestuoso, donde el hipopótamo encuentra bastante agua para nadar, y que los niños mas pequeños pueden vadear.

No hemos olvidado las páginas donde se nos ha contado la gran catástrofe del diluvio. Sabemos por qué crímenes se encendió la cólera de Dios, y por qué todas las aguas de las cataratas del cielo no fueron demasiadas para lavar la tierra de sus manchas y de sus iniquidades, porque se habian formado uniones monstruosas, que los monstruos habian sido su fruto, y que *tambien toda carne habia depravado sus vias.*

Cuando las venganzas del Eterno Señor fueron satisfechas; cuando la tierra hubo recobrado su verdor, sus flores y sus frutos; cuando la raza de Noé, estendiéndose sobre la superficie la repobló de habitantes, vemos el matrimonio reaparecer en toda su pureza. ¿Dónde encontraremos cuadros mas poéticos que aquellos ofrecidos por las alianzas patriarcales? Recordemos el sirviente de Abraham que va á buscar una esposa para el hijo de su señor. En su fé ingenua asienta á su Dios las condiciones, con las cuales deberá reconocer la jóven hija destinada á ser la esposa del heredero de las promesas.

Mientras que los camellos del intendente de Abraham reposan cerca de los pozos, donde las jóvenes tenian costumbre de venir todas las tardes á sacar el agua, él, preocupado de la mision que le ha encargado su señor, se prosterna, y dirijiéndose al Señor Dios, le dice:

“Señor, Dios de Abraham, mi Señor, asistidme al presente y tened misericordia de Abraham, mi señor.

“Héme aquí cerca de esta fuente, donde las hijas de los habitantes de la ciudad vienen á sacar el agua.

“Que la jóven á quien yo dijere: “Bajad la cuba que llevais sobre vuestra espalda para que yo beba,” y que me responda: “Bebed, y yo daré tambien de beber á vuestros camellos,” sea aquella que destinais á Isaac, vuestro servidor, y yo conoceré por ello que teneis misericordia de mi señor.

“Apenas habia acabado de hablar así, cuando vió aparecer á Rebecca, hija de Bathuel, hijo de Melcha, muger de Nachor, hermano de Abraham, que lleva una vasija llena de agua sobre su espalda.

“Era una jóven muy amable, y una virgen perfectamente bella y desconocida á todo hombre: habia venido ya á la fuente, y habiendo llenado su vasija, se volvía.

“El intendente de Abraham, yendo pues ante ella, le dijo: “Dadme una poca de agua de la que llevais en vuestra vasija para que beba.”

“Ella respondió: “Bebed, mi señor:” y bajando la vasija de su espalda y colocándosela bajo del brazo, le dió de beber.

“Despues que hubo bebido, añadió ella: “Voy tambien á sacar agua para vuestros camellos, hasta que todos hayan bebido.”

“Al instante, habiendo vertido el agua de su vasija en las canales, corrió á los pozos para sacar otra, que dió en seguida á todos los camellos.

“Entre tanto, el servidor de Abraham la contemplaba, sin decir nada, queriendo saber si el Señor habia vuelto su viaje feliz ó nó.

“Despues que los camellos hubieron bebido, este hombre sacó aretes de oro que pesaban dos siclos, y brazaletes que pesaban diez.

“Y dándoselos, la dijo: “¿De quién sois hija? decidmelo, os lo ruego. ¿Hallaré en la casa de vuestro padre lugar para alojarme?”

“Ella respondió: “Soy hija de Bathuel, hijo de Melcha y de Nachor, su marido.”

“Nosotros tenemos, añadió, mucha paja y heno, y lugar para alojaros.”

“Este hombre hizo una profunda inclinacion, y adoró al Señor.”

¡Qué poético encanto en esta narracion divina! ¡y cuánto es doloroso no prolongar las citas cuando una vez se ha comenzado á hacerlo! Abreviaré; pero no puedo resistirme á la seduccion del libro sagrado, y le tomo todavía el resultado de esta encantadora historia....

“El servidor de Abraham dijo á Labam y á Bathuel: “Si teneis verdaderamente deseo de obligar á mi señor, decidmelo; y si habeis resuelto otra cosa, hacédmela conocer, á fin de que vaya á buscar una jóven á otra parte.”

“Labam y Bathuel respondieron: “Es Dios quien habla en este encuentro; nosotros no podemos deciros otra cosa, sino la que sea conforme á su voluntad.

“Rebecca está en vuestras manos; tomadla y llevadla con vos, á fin de que sea la esposa del hijo de vuestro señor, segun el Señor ha declarado quererlo.”

“Habiendo oido esta respuesta el sirviente de Abraham, se prosternó en tierra y adoró al Señor.

“Sacó en seguida vasos de oro y plata y ricas vestiduras, de que hizo regalo á Rebecca. Hizo tambien presentes á sus hermanos y á su madre.

“En seguida hicieron el festin: comieron y bebieron, y permanecieron juntos aquel dia. Al otro, habiéndose levantado muy de mañana el sirviente, les dijo: “Permitidme ir á encontrar á mi señor.”

“Las hermanas y la madre de Rebecca le respondieron: “Que la niña permanezca al menos diez dias con nosotros, y despues partirá.”

“Os ruego, dijo el sirviente, no retenerme mas, pues que el Señor me ha conducido en todo mi camino; permitidme ir á encontrar á mi señor.”

“Ellas respondieron: “Llamemos á la niña, y sepamos de ella misma su opinion.”

“Se la llamó, pues, y habiendo venido le preguntaron: “¿Quereis iros con este hombre?” Si quiero, respondió.

“Ellos la dejaron, pues, ir, acompañada de su nodriza, con el sirviente de Abraham y los que la habian seguido.

“Y deseando toda suerte de prosperidades á Rebecca, le dijeron: “Vos sois nuestra hermana: creced en mil y mil generaciones, y que vuestra raza se ponga en posesion de las ciudades de los enemigos.”

“Rebecca y las jóvenes que la servian, montaron pues sobre los camellos, y siguieron á este hombre, que volvió con gran prisa hácia su señor.

“Al mismo tiempo Isaac se paseaba en el camino que conduce á los pozos, llamados los *pozos de aquel que vive y que ve*; porque permanecia en la tierra de Canaam, del lado del Mediodía. Habia entonces salido al campo para meditar: el dia estaba ya declinando, y habiendo alzado la vista vió á lo lejos venir los camellos.

“Habiendo Rebecca divisado á Isaac, descendió de sobre el camello.

“Y dijo á su sirviente: “¿Quién es esa persona que viene á lo largo del campo ante nosotros?”

“Es mi señor, le dijo él. Y ella tomó entonces su velo y se cubrió, para mostrar su modestia, su sumision y su respeto.

“El sirviente iba entre tanto á decir á Isaac todo lo que habia hecho respecto de Rebecca.

“Entonces Isaac la hizo entrar en la tienda de Sara, su madre, y la tomó por muger; y el afecto que tuvo por ella fué tan grande, que ella templó el dolor que la muerte de su madre le hubo causado.”

Despues de esta pintura de las costumbres patriarcales, ¡cuántos otros cuadros de interes igual, y de bellezas semejantes! Jacob y Raquel, Ruth y Booz, Sara y Tobías; todas estas uniones hechas bajo la tienda de los pastores, han inspirado en todos tiempos y paises á los pintores y